

## TIPOS CELESTINESCOS DE LA NARRATIVA MEDIEVAL HISPANOHEBREA

A lo largo de toda la Edad Media la mujer fue tema literario de las tres culturas que por entonces convivían en la península: la latino-eclesiástica, la árabe y la hebrea. Su condición femenina aparece íntimamente asociada a las ideas y a las renovaciones de la sociedad española feudal y renacentista, hasta el punto de transformarse en concepción vital, en un modo de entender e interpretar la vida y vivirla<sup>1</sup>.

Se observa una constante en su tratamiento: o se la alaba, o se la vitupera. Como expresión literaria del sentimiento amoroso que deriva de las teorías provenzales del amor cortés con elementos italianos y caballerescos, la mujer es considerada como «verdad» humana lejana, inaccesible, digna de tributarle toda una religión de amor; un ser idealizado y superior al que el enamorado *trova*, rindiéndole culto y vasallaje, en el sentido feudal del término. La dama, es decir, la *domna*, es el *señor feudal* del trovador, quien alaba su hermosura, se somete a sus mandatos, celebra sus favores y llora sus desdenes. Sólo la dama casada podía ser objeto de amor, quedando excluidas las doncellas sin categoría jurídica y social para poseer vasallos, y vasallo era de su dama el enamorado poeta<sup>2</sup>.

Como expresión literaria de un modo de entender la vida, el aspecto «profano» de la mujer impregna la prosa medieval. La vieja sabiduría oriental degustadora de apólogos, fábulas y exemplos, predicaba un sentido práctico de

1 Vid. C. W. Previte-Orton, *Historia del mundo en la Edad Media*, Barcelona 1967, 3 vols.

2 Vid. M. de Riquer, *Los Trovadores*, I, 9-70, Barcelona 1983, y P. Dronke, *Medieval latin and the rise of European love-lyric*, Oxford 1968.

la vida, concediendo más valor a la maña y a la astucia que a la inteligencia. Una acusada corriente misógina subyace en este planteamiento del mundo real, y en un lenguaje directo y cotidiano avisa, siempre con propósito moralizador, acerca de los enredos de toda índole de que se valen los seres humanos, y muy específicamente los tramados por mujeres. La astucia, la perfidia y el engaño, sobre todo en materia de amor, se convierten así en los «valores reales» de la mujer contra los que todo hombre ha de estar prevenido<sup>3</sup>.

Es en *La Celestina* donde por primera vez en la literatura española la religión del amor y el mundo de sórdidas realidades se sitúan frente a frente, donde la pasión del amor cortés-caballeresco de Calixto por Melibea necesita para ser del profano sentido utilitario de Celestina. «Por labios de la heroína de Rojas —escribió Ramiro de Maeztu—, está hablando la naturaleza humana misma, de la que Celestina no es sino uno de los aspectos, el más universalmente difundido»<sup>4</sup>. Este tipo de mujer es, pues, antes que nada, producto de la vida misma que la creación literaria medieval elevó a la categoría de personaje, así como a su mundo de truhanes y pícaros. Junto a ella ocupa un lugar de honor su predecesora más inmediata, la Trotaconventos del Arcipreste de Hita, y ambas, prototipo de la alcahueta medieval, se nutren de milenaria savia literaria, como así lo han demostrado reconocidos hispanistas en excelentes trabajos<sup>5</sup>. Sin embargo, la investigación en este campo aún no ha tocado fondo como en otros muchos aspectos del pasado. Por desconocimiento y también por carecer del dominio de las lenguas hebrea y árabe, los especialistas en nuestra literatura medieval siguen ignorando el extraordinario acervo cultural de los judíos de al-Andalus que cristalizó en la lengua y la literatura hebraicoespañolas, y su influjo en nuestro pensamiento y escritos medievales. En este sentido y ciñéndome al tema que ahora me ocupa, el presente trabajo tiene como finalidad dar a conocer las precursoras literarias que el tipo celestinesco tuvo en la literatura narrativa hebraicoespañola de los siglos XII y XIII<sup>6</sup>.

3 Vid. C. S. Lewis, *La imagen del mundo. Introducción a la literatura medieval y renacentista*, Barcelona 1980.

4 *Don Quijote, don Juan y la Celestina*, Madrid 1968, p. 135.

5 Vid. F. Castro Guisasola, *Observaciones sobre las fuentes literarias de «La Celestina»*, Madrid 1924; abundantes repertorios bibliográficos en J. L. Alborg, *Historia de la Literatura Española*, I (Edad Media y Renacimiento), Madrid 1970 (2<sup>a</sup> ed.); A. D. Deyermond, *Historia de la Literatura Española*, I, *Edad Media*, Barcelona 1973; E. Diez Echarri y J. M<sup>a</sup> Roca Franquesa, *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid 1968 (2<sup>a</sup> ed.); H. López Morales, *Historia de la Literatura Medieval Española*, I, Madrid 1974; J. Simón Díaz, *Manual de Bibliografía de la Literatura Española*, Madrid 1980 (3<sup>a</sup> ed.).

6 Vid. A. Navarro Peiró, *Literatura hispanohebrea (siglos X-XIII)*, Córdoba 1988; F. Pérez Castro, *Aspectos de la cultura hebraicoespañola*, Santander 1964; J. M<sup>a</sup> Millás Vallicrosa, *Litera-*

Los relatos hebreos medievales<sup>7</sup> fueron en un principio narraciones independientes entre sí<sup>8</sup>, aunque muy pronto se agruparon en colecciones de cuentos que formaban libros<sup>9</sup>. Una buena parte de colecciones de cuentos medievales no hebreos, bien traducciones, bien adaptaciones de obras orientales, indias o persas, llegaron a la literatura hebrea a través de su versión al árabe, cuya traducción hebrea fue, a su vez, vertida al latín, con lo cual la cultura cristiana y la europea pudo tener conocimiento de ellas<sup>10</sup>.

Los personajes de estas obras orientales, mezcla de trotamundos, pícaros y titiriteros hábiles e ingeniosos, se ven envueltos en mil y una situaciones en las cuales con frecuencia la mujer teje en torno a ellos su tela de engaños y argucias dentro de la más pura corriente literaria misógina. Todos ellos nutrieron la narrativa hebrea de aquellos siglos, modelada según el esquema árabe de la *maqama*<sup>11</sup>. La moral del pícaro de este género literario, utilitaria y urdidora de enredos, no era ninguna novedad: pertenecía ya al acervo cultural hindú, a sus colecciones de cuentos, fábulas y proverbios como el Panchatantra o Hitopadesa, el Calila a Dimna, el Libro de los engaños e asayamientos de las mujeres o Sendebar, Barlaam y Josafat y Las mil y una noches.

Desde el siglo XI los escritores hispanojudíos comenzaron a escribir *maqamas*, coincidiendo con la edad de oro de la cultura hebraicoespañola bajo el tolerante ambiente político de los reinos de Taifas y sus refinadas cortes<sup>12</sup>. De

*tura hebraicoespañola*, Barcelona 1967; F. Díaz Esteban, *Literatura hispanohebrea, en Historia de las literaturas hispánicas no castellanas*, Madrid 1980, 179-219.

7 Desde los tiempos bíblicos el cuento se cultivó en la literatura hebrea; mas en la época de la Misnah, el Talmud y la literatura midrásica este género literario no tenía vida propia sino que respondía a fines didácticos, exegéticos o morales, determinados por su inserción en aquellas obras.

8 Como los del aún misterioso viajero Eldad ha-dani, de finales del siglo IX.

9 Entre los siglos VIII y XII se redactaron el *Midrás `aseret hadibberot* («Midrás de los diez mandamientos»), *Alfa Beta de Ben Sira* («Alfabeto de Ben Sira»), *Sefer ha-ma`asiyyot* («Libro de cuentos», de Nissim ben Ya`aqob de Kairuán), y los *Exempla de los Rabinos* (Vid. J. Dan, *The Hebrew Story in the Middle Ages*, /en hebreo/, Jerusalén 1974).

10 Así sucedió, por ejemplo, con el *Calila e Dimna*, cuya primera versión hebrea fue realizada por Rabí Joel a partir del texto árabe. Traducida al latín por Juan de Capua entre 1262 y 1278 con el título de *Directorium vitae humanae*, de ésta surgieron otras traducciones a diversas lenguas europeas.

11 Género literario escrito en prosa rimada en la que se intercalan poemas métricos. El término significa «tertulia», «descanso», una especie de reunión de solaz y divertimento de los cortesanos de la época abbasí «donde se contaban como pasatiempo anécdotas satíricas cuyos protagonistas debieron ser sobre todo falsos mendigos o místicos. El plural *maqamat* (en hebreo *mahberet*, pl. *mahbarot*), se utilizó para designar obras construidas a base de este tipo de anécdotas, en las que el héroe de la ficción era un pícaro vagabundo que lograba maravillar a sus oyentes con discursos en los que demostraba su gran elocuencia. Junto a él se introdujo otro personaje, el del narrador, testigo de las "hazañas" del pícaro y amigo suyo». (Vid. A. Navarro Peiró, *Literatura hispanohebrea [siglos X-XIII]*, 97); F. de la Granja, *Maqámas y risalas andaluzas*, Madrid 1976; A. Díez Macho, *La novelística hebraica medieval*, Barcelona 1952.

12 Vid. A. Saenz Badillos, *Los judíos en la Historia y la Cultura de la Andalucía medieval*, Granada 1980.

todos cuantos cultivaron el género dos interesan a mi propósito: Yehudah ben Yisshaq ha-Leví ben Sabbetay<sup>13</sup>, y Yehudah ben Selomoh al-Harizi<sup>14</sup>. En sus respectivas obras, *Minhat Yehudah sone'ha-nasim* («Ofrenda de Yehudah el odiador de las mujeres»)<sup>15</sup>, y el *Séfer Tahkemoní* («Las asambleas de los sabios»)<sup>16</sup>, el tipo celestinesco se halla representado en la literatura hebraicoespañola: Kozbi, personaje del primer escrito, y la vieja de nombre desconocido de *El casamiento infeliz* correspondiente al segundo. Conozcamos, pues, sus argumentos<sup>17</sup>:

a) El hilo de la trama en la obra de Ben Sabbetay, de fuerte contenido misógino, corre a cargo de un narrador que va relatando la historia de un joven, Zerah, a quien su padre, Tahkemoní, le previene antes de morir contra las mujeres y le habla de la conveniencia de permanecer soltero. Y todo porque al principio del relato el padre tiene una visión en la que un ángel le hace saber que las mujeres son la causa de todas las calamidades:

«Más he aquí un ángel en el suelo, una voz que llama... Hijo de hombre mantente en pie, que voy a hablarte... En verdad que el juicio de todos los hombres se ha trastornado, tienen los ojos endurecidos para ver y los corazones para entender. Más si grande ha sido su pecado y tu deuda, son sus mujeres las que pervirtieron su corazón, pues ¡quién puede desatar los lazos que hacen las mujeres! Ellas han rechazado el buen camino y todo lo recto han torcido. Su compañía y su amor duran un instante, en su boca reside todo litigio y ofensa. ¡Cuántos hombres altos como cipreses se convirtieron en oprobio y vergüenza a causa de la mujer... y si no hubiera habido zarcillos no se habría fabricado el becerro para consultar augurios... Siempre que mi pueblo torció su camino las mujeres lo dominaron».

Antes de morir el anciano padre llama a su hijo Zerah, y colocándolo a su derecha le dice entre otras cosas:

13 Nació en Molina de Aragón a finales del siglo XII, residió en ciudades como Toledo, Burgos y Zaragoza, y ejerció la profesión de médico.

14 Contemporáneo del anterior, su lugar de nacimiento aún suscita polémica. Millás Vallicrosa lo sitúa cerca de Barcelona, mientras que Schirmann opta por Toledo (vid. su obra *Ha-sirah ha-'ibrit bi-Sefarad u-be-Provence*, II, 97, Jerusalén-Tel Aviv, 1956). Conoció en profundidad la lengua y la cultura árabes, viajando a Oriente y residiendo temporalmente en Egipto, Palestina, Siria e Iraq.

15 Agradezco sinceramente a Doña Angeles Navarro Peiró, profesora de Literatura hebrea de la Universidad Complutense de Madrid, la traducción castellana de la obra cuya edición está preparando.

16 Sigo la edición preparada por Carlos del Valle, *Las Asambleas de los Sabios (Tahkemoní)*, Murcia 1988.

17 Para una correcta lectura de las palabras hebreas doy el siguiente cuadro de equivalencias: H = j española; 's = ch francesa; 's = s española.

«Escucha a tu padre que te engendró. Si mi última voluntad queda grabada en la tablilla de tu corazón, no tomarás mujer para tí, pues la paz está en su boca, pero hay insidias en su interior... Lino fino y seda visten, de delicias se sacian, más otro hombre yacerá con ella. El hombre entendido se guarda de ella, mientras que en ella cae el buey o el asno. La herida de todo el que se casa es incurable, pues aunque le dieran su casa llena de oro, a la postre en horror y mofa se convertiría, ya que para su mal y desgracia habría cogido la bolsa del dinero en la mano... //Si en el norte habita la mujer /dirígete hacia el sur... Si echa mano a tu vestido escapa de ella desnudo//<sup>18</sup>... Si un hombre toma mujer, su alma quedará seca de toda delicia... El hombre soltero está construido como una torre fuerte... Durante toda su vida permanece feliz y tranquilo, se expande como cedro frondoso... Tópate con osa despojada de sus oseznos y manada de lobos de los bosques, pero no con mujer en el fondo de la casa; entre hornos y fogones, pero no entre dos pechos; entre espinos cortados y ortigas, pero no entre rizados bucles... Hijo mío, que no te engañen con su boca los casados, pues tienen errado el corazón..., ovejas y bueyes son todos ellos... Todos los trozos buenos de los guisos se los comerá ella y a tí te ofrecerá los huesos. ¡Quién puede alcanzar la astucia de las mujeres y sus engaños!... No desees su belleza en tu corazón... pues las mujeres no valen más que para perfumistas, cocineras y panaderas».

Tras la muerte del padre, Zerah cumple su voluntad, predicando en perjuicio de las mujeres el celibato a los hombres: «Así actuaba Zerah y tales eran las ideas con las que hacía sabios a los ignorantes y tal su costumbre todos los días. Los entendidos observaban sus enseñanzas sin abandonarlas un solo día y muchos de los hombres del pueblo abrazaron su religión».

Ante aquella situación la indignación de las mujeres llega al límite: «En cada ciudad donde la palabra y la fe de Zerah llegaban, de ajeno y veneno a las mujeres hartaba. Todas ellas —sigue diciendo el narrador—, se reunieron, jóvenes y ancianas, viudas y doncellas, temblorosas y medrosas, para deliberar a fin de perpetrar acciones impías, pues el dolor y la angustia habían hecho presa en ellas y su espíritu se hallaba turbado».

Su dolorida queja en un lenguaje lleno de expresividad y desprovisto de falso pudor pide acabar con aquel rechazo de los hombres hacia ellas y que las privaba del goce del amor físico:

18 //...// poema en el texto. En adelante, /

«¿Qué se puede hacer con el hombre que nos ha proporcionado ruina y quebranto, que nos ha aniquilado y que ha intrigado contra nosotras? He aquí que son conocidas nuestra vergüenza y nuestras obras y no hay hombre en el país para llegarse a nosotras, pues ¿quién es el que osaría acercársenos? Nos ha entregado al escarnio. Desfellecen las hermosas doncellas, pues cada joven ha perdido los frutos de su plantación, ¡doncella a la cual no ha conocido varón!. He aquí que Zerah nos ha convertido en objeto de horror y espanto, ¡y se agarran siete mujeres a un solo hombre! Daos cuenta y considerad que nuestro mal es enorme. Toda doncella está cerrada y bien cerrada sin que nada salga ni entre. ¿Por qué hemos de acostarnos con nuestra ignominia y taparnos con nuestro oprobio?»

El odio que llegan a sentir les hace gritar: «Sentencia de muerte para ese hombre, que sea apedreado». Y para destruirlo ellas mismas reclaman para sí aquellas artes por las que fueron condenadas:

«¿Dónde están las amas del engaño en cuyas manos reside la astucia, dónde la falsedad y los artificios de las mujeres, dónde sus intrigas y estratagemas, dónde su sagacidad, dónde su sabiduría, dónde su engaño, dónde está su falsedad?... Ea, obremos sagazmente con él, del pueblo lo borraremos y nos vengaremos de él. La sabiduría de Zerah exterminaremos rápidamente y ¡un hombre y su padre se llegarán a la misma muchacha!»

En este clima de hostilidad y rencor hace su aparición el personaje celestinesco del relato, Kozbi:

«Se levantó de entre ellas una mujer sabia, experta en brujerías y astuta, cuyas brasas ni los ríos podrían extinguir a causa de sus abundantes conjuros y amuletos».

El narrador nos la presenta con nombre propio, clan paterno y marido:

«Se llamaba Kozbi<sup>19</sup> hija de Yeresah<sup>20</sup>, pues se había apropiado de la astucia como heredad. Tenía un marido viejo, cuyo nombre era Sequer<sup>21</sup> hijo de Hefer<sup>22</sup>, cuya maldad no cabría en un libro».

Les propone un plan para hacerlo caer en el amor «de modo que no vea con los ojos ni oiga con los oídos». El «cebo» consiste en poner ante él a una joven de tal belleza, inteligencia y dotes literarias y musicales, que desbarate su firme propósito. Junto a la tentación de forma humana, Kozbi colocará otra no

19 De la raíz *kzb* «mentir».

20 De la raíz *yrs* «heredar».

21 «engaño».

22 «deshonor».

menos fuerte, la del oro «que hace sabios a los necios, tapa los pecados, abate a los gigantes, tuerce las palabras de los justos y allana el terreno accidentado». Así aconseja:

«Salid a mirar por todas partes y buscad entre todas las doncellas a una muchacha inocente, de acabada belleza, en la que no haya defecto alguno, que sea hermosa para todos los que la encuentren y que complazca a todos los que la vean. Esclarecida como el sol, hermosa como Tirsah, como el sol resplandeciente, moldeada con mirra y casia, engastada de gracia y belleza, que reciba a todos los que la vean con ánimo complaciente. Que posea instrucción y consejo, que entienda los símiles y las metáforas, que hable con lenguaje exquisito y componga poemas, que sus dichos sean dulces como el panal de miel, como espejo de metal fundido sólidos. Que desde lo más recóndito suscite lo que allí está oculto y desde tan lejos traiga sus temas, en el crisol de la inteligencia lo purifique, brasas encendidas de él broten. Que sepa tocar el laúd y la nabla de modo que haga reír y llorar. Con una joven semejante se desharán sus ataduras pues la inclinación del hombre es mala desde su mocedad».

El diálogo entre Ayalah Selulah, la hermosa joven, y Zerah, se desarrolla a base de bellos poemas en lo que cada uno alaba la belleza y las cualidades del otro, como si de una paráfrasis del Cantar de los Cantares se tratara. La muchacha va despertando poco a poco con insinuantes invitaciones al amor el corazón de Zerah:

«Bajemos a los huertos para coger lirios, plantas deliciosas, pues ya han aparecido las flores, las ciernes se han entreabierto, florecen los granados. Dos pechos que ninguna mano ha tocado. La flor de las mejillas, tan gratas a la vista y un deleite a los ojos. Ven y te mostraré sus exquisitos frutos, coge éste y también éste, no des descanso a tus manos».

Arrobado, exclama en verso:

«Aparta tus ojos de mí que me fascinan, ya que las cejas tensan sus arcos y me disparan mortales flechas».

«Con todo esto —nos dice el narrador—, la doncella por el sendero del amor lo llevaba».

«Por la belleza de tu cuello, amado mío, aventajas al resto de las criaturas. Camina altivo, pues te va bien andar con el cuello erguido».

Es entonces cuando el joven entona uno de los más bellos poemas, erótico y sensual, de toda la literatura hebraicoespañola:

«El cuello de la graciosa gacela es como columna de marfil sobre un pavimento de pórvido y mármol negro. No lo adornes con aderezo de oro no sea

que las joyas parezcan manchas. Adórnate gacela, embellécete, cierva, con los dos pechos y pasea esas delicias que parecen áloes plantados para exhalar perfume con las puntas coloreadas. ¿Acaso está bien que desgarras con ellos mi corazón del mismo modo que ellos hacen desgarrarse tus vestidos? ¿Tiembra acaso?, mas si la mano los palpa han en ellos clavos aromáticos hincados»<sup>23</sup>.

Ella le declara abiertamente su amor y él le corresponde con la misma pasión: «Y no volvió Zerah a responderle siguiendo sus temas en su deseo de ver el rostro de ella, pues se había precipitado a abrazar y besar según es la costumbre de todo enamorado».

Todo está a punto para la venganza de la astuta Kozbi. El mismo día de la boda la perversa mujer, confabulada con su marido, entregó a Zerah no a la hermosa Ayalah, sino a Rispah<sup>24</sup>, hija de Ayyah<sup>25</sup>, la antítesis negativa de la belleza y la inteligencia:

«Mujer tiránica, negra como el cuervo, de labios tan hinchados como un odre puesto sobre otro y que hacía gemir a todos los que la veían. El vello de su cuerpo era como espinos cortados y ortigas le cubrían el rostro. Hacia huir a los niños y a los lactantes y era a ojos de todos despreciada».

Cuando el joven desposado, ya en la cámara nupcial, retira el velo del rostro de la novia y descubre el engaño, es demasiado tarde. Prorrumpe en amargas y desconsoladas quejas a las que su mujer replica con duras palabras que reflejan su ruín y grosera condición. La servidumbre en la que ha caído es humillante:

«Cíñete los lomos, no concedas sueño a tus ojos, y no seas rebelde a las palabras de mi boca ni a mi voz. Ve y proporcióname lo siguiente: una vajilla de plata y otra de oro, vestidos, pendientes, pulseras, mantos, residencia y morada, silla y candelabro, mesa y cucharas, pilón y grano, cobertor y rueca, estera y lavabo, canasta y huso, caldero, botella y puchero, mortero, escoba, pañoleta, olla, horno, fogón, jarra para el agua, aspersorios y recogedores, recipientes y copas, frascos de perfume y chales, mantones y turbantes, vestidos preciosos, camisas de lino, anillos de nariz, espejos, bolsas, lunetas, amuletos, bandas, brocado y ajorcas de los pies... Este año será para tí de sufrimiento y el siguiente de aflicción. En siervo te convertirás después de haber sido príncipe y estiércol

23 Cfr. con el siguiente fragmento de uno de nuestros romances pastoriles y villanescos del XV: El cuello tengo de garza / los ojos de un esparver / las teticas agudicas / que el brial quieren romper. (Vid. *Flor Nueva de Romances Viejos*, edic. Preparada por R. Menéndez Pidal, Madrid 1933, p. 295)

24 «brasa». Cfr. *Libro de Buen Amor*: «De lo que contesçió al Arçipreste con la serrana e de las figuras della» (edi. Aguilar, Madrid 1953, 293-296).

25 «buitre».



no faltará sobre tu cabeza, pues ni siquiera serás apto para convertirte en uno de mis siervos para derramar agua sobre mis manos».

Rispah es como la vida misma, despiadada y cruel; su código, la supervivencia:

«No recites tus versos ni alces la voz, yo no encuentro placer en la sabiduría ni en la instrucción, sino en el pan y en la carne. Tus máximas y poemas contra mí son como nada, con la poesía no se bebe vino... Ea, coge tu reja y tu azadón, toma por favor tus armas y tu aljaba y ronda por la ciudad desde la tarde a la mañana robando, matando y jurando en falso. Cuando tengas descendencia, la tendrás que alimentar con la ración justa, pues no me han de ver con las manos vacías, porque eres responsable de lo que le haga falta a la mujer para servirla y guardarla... Y todo esto será poco cuando llegue el momento del parto. Entonces se agravará el trabajo. Mis hermanos y parientes estarán ante ti alrededor de tu mesa y habrás de prepararles guisos sabrosos... a la partera no ha de faltarle vino, pan y carne. Para tus hijos llamarás a una nodriza, ellos se acercarán a ella, y ella irá vertiendo. Esclavas y siervas comprarás para ellos, para que coman sus excrementos y beban sus orines, pues mi mano no los tocará».

A Zerah «la vida le daba náuseas», y uno de sus amigos al conocer su desgracia exclama: «El mundo es un sueño vano ¡y ésta es la visión de sus engaños!».

Finalmente el burlado joven decide divorciarse y lleva el caso ante los tribunales que lo condenan a muerte. Cuando iba a cumplirse la sentencia, es el propio autor, Yehudah ben Sabbetay, quien interviene para declarar que todo ha sido una ficción: «Ninguno de todos esos de quienes hablan fue creado, sino que son pura invención mía y sobre falsas bases se han vertido los cimientos». Sus últimas palabras son para declararse un hombre felizmente casado que ama a su mujer y a sus hijos «más que todos los que me precedieron».

b) Yehudah al-Harizi da vida a su personaje femenino de corte celestinesco en el capítulo 6 de su obra *Sefer Tahkemoní*, bajo el título *El casamiento infeliz*, como ya indiqué anteriormente<sup>26</sup>. Heman el ezrahíta, narrador y testigo presencial de los hechos, sitúa la acción en la ciudad de Tebas<sup>27</sup>. Un día, mientras hablaba con amigos y entrañables compañeros, vio delante de él a un hombre «extenuado, con las manos flácidas, con el corazón deshecho, con las rodillas vacilantes». Era Heber el quenita, su amigo del alma, «pordiosero,

<sup>26</sup> Vid. *supra*, p. 3.

<sup>27</sup> Ciudad próxima a Siquem (Jue 9,50), según la Biblia.

vagabundo, ilustrado y erudito»<sup>28</sup>. Heman le ofrece hospitalidad y goce de mujer, mas el quenita al oír esta palabra, exclama:

«Te conjuro por la vida de todo profeta y de todo vidente que no me hables más de este tema, ni en vigilia ni en sueño, ya que he hecho un juramento firme y resolutivo de no caer en las redes de la mujer. Tengo ya bastante con el primer padecimiento amargo»<sup>29</sup>.

Sorprendido de sus palabras, Heman le pide que cuente su historia a lo que él accede. Comienza su relato diciendo que un día la «mala inclinación» le llevó a buscar «una mujer hermosa» con quien compartir su vida. Ensimismado en esos pensamientos y mientras caminaba por una ciudad, se encuentra con una vieja a la que describe.

De horrible figura, de mala catadura, como si el hado la hubiera robado de los infiernos para hacerla su porción. «*La llamó satanesa*<sup>30</sup>. Su aspecto era como el de una avestruz. Su fin es amargo como el ajenjo<sup>31</sup>. Su rostro estaba cubierto con un velo. Mala e impúdica<sup>32</sup>, su voz complacía mientras que con sus rodillas se doblegaba. Más suave que el aceite era su paladar. En su boca había una lengua tierna que acechaba para atraer a los corazones. El néctar se alberguaba en su lengua y el veneno de la muerte se escondía en su garganta. Aparentaba comportarse con piedad, pero era una mujer perversa y contumaz<sup>33</sup>. Sus caminos eran los caminos de la muerte. En su casa<sup>34</sup> no paran pies. En todas partes se hallan sus víctimas»<sup>35</sup>.

Ella al verle se adelanta a su encuentro y con lisonjeras palabras lo aborda:

«Hijo mío, hijo mío. ¡Alargue Dios tus días, mantenga el frescor de tus mejillas, sean lozanos tus frutos! Te veo hermoso y apuesto, atractivo a la vista, enamoras los corazones con tu hermosura, arrastras a las almas con el encendido de tus mejillas. La belleza te vistió de sus galas... El árbol de tu niñez dio ya su fruto».

En su astucia lo tienta con el amor y la pasión de una bella mujer que ella le describe, con la seguridad de que llegará a desearla por encima de todo:

No es bueno que un hombre como tú esté dormido mientras su corazón está en vela<sup>36</sup> y arde en el fuego de la pasión, sin una compañera con la que puedas

28 Vid. A. Navarro Peiró, *Literatura...*, p. 101.

29 Vid. C.del Valle, *Las Asambleas...*, p. 86.

30 Gen 26,21.

31 Prov 5,4.

32 Ez 16,30.

33 1 S 20,30.

34 Prov 7,11.

35 Prov 7,26. (Vid. C. del Valle, *Las Asambleas...*, p. 87)

36 Cant 5,2

asociarte y sin posibilidad de sucesión... Por eso, si te parece bien, te daré una hija de nobles, una gacela para los amores. Sus mejillas son como el despuntar de la aurora y su cabello como un atardecer. En ella se complacerá tu ser. *Ella te cuidará*<sup>37</sup>, en tu seno anidará, a tu mesa se sentará exultante. En sus mejillas hay una luz, en su boca un ánfora... Mejor que mercancía de plata son sus géneros. Su valor *mucho mejor que las perlas*<sup>38</sup>. Tiene ojos de gacela, en el vino de la pasión embebidos. Su cuerpo es mole y turgente, como una ramita de bedelio: puro, santo, saleroso. Traspasa el corazón de los que la contemplan... Sus mejillas, son luminarias; sus ojos, cachorros de león; las hileras de sus dientes, zafiros; sus dos pechos, dos cervatillos. Si vieras su extraordinaria belleza, tu corazón se derrumbaría atónito. *Te volverás loco a la vista de lo que tus ojos verán*<sup>39</sup>. ¡Feliz el varón que cabalga en su carro, el que entre sus piernas *se curva, cae y yace*<sup>40</sup>.

Heber duda de que tal mujer pueda existir y la vieja jura y perjura que en sus palabras no hay engaño ni trampa, antes bien le dice que todo cuanto ella ha dicho «con la boca y los labios lo encontrarás doblado en la realidad». El quiere recompensarla: «Si la mujer que describes es mía, *exígeme una fuerte dote y numerosas dádivas que te daré cuanto pidas*»<sup>41</sup>.

Aquel mismo día la vieja trata el casamiento de ambos jóvenes con los padres de ella. A la mañana siguiente tras comunicarle a Heber —cuyo corazón estaba «como para reventar»—, el éxito de su empresa, llega el padre de la novia y los ancianos de la ciudad a casa del novio y anuncia el compromiso. Alaba la alta posición de la familia del pretendiente y sus cualidades, se fija el precio de virginidad —dos mil argénteos—, y acto seguido un notario redacta en pergamino el texto de la *ketubbah*<sup>42</sup>.

La boda se celebró con «cantos de alborozo, desde el atardecer hasta media noche». Poco a poco se fueron retirando los invitados hasta que los recién desposados se quedaron solos. Cuando Heber, anhelante, se volvió hacia ella para quitar su manto, y retirar el velo que cubría su rostro, y a la luz de una vela contemplar la belleza de aquella mujer que la vieja le había descrito, descubrió la cruel burla, temblando de dolor y temor:

«Tenía unas facciones avinagradas, su voz era como un retumbar de trueno, su figura como la becerra de Jeroboam, su boca como los hocicos de la burra

37 1 R 1,2.

38 Prov 31,10.

39 Dt 28,34.

40 Jue 5,27.

41 Gen 34,12.

42 Contrato matrimonial hebreo.

de Balaam, sus narices despedían horrible hedor, de sus mejillas había huido la frescura, parecía como si el mismísimo Satanás las hubiera tiznado con la negrura y las hubiera trabajado con carbones. Llegué hasta pensar que era una hija del infierno. Pero si su piel estaba más ennegrecida que la propia negrura, sus cabellos habían encanecido. Era una mujer envejecida por los años. Sus dientes eran como dientes de loba o de osa. Sus ojos, ojos de escorpión»<sup>43</sup>.

Lleno de rabia, viéndose burlado por el engaño de la vieja y por aquella horrible mujer que a ello se había prestado, descargó sobre ésta toda su cólera:

«Cogí entonces tres bastones en mis manos en plena noche, amordacé su boca con el vestido y rompí los tres bastones sobre sus espaldas, hasta que borbotó sangre por su boca. Desgarré todas sus carnes, hice aflorar en su cuerpo la sangre de su virginidad».

Antes del amanecer Heber estaba ya muy lejos de aquella ciudad, de aquella «tierra de devastación y desoladora», fugitivo «permaneciendo durante el día agazapado en los bosques y caminando y cabalgando durante la noche», hasta que tuvo la seguridad de que su vida no corría ningún peligro.

Se puede afirmar sin lugar a dudas que tanto Kozbi como la vieja de *El casamiento infeliz* representan dentro de la narrativa hispanohebraica el prototipo de alcahueta medieval descrita en 1438 por el Arcipreste de Talavera<sup>44</sup> y ya magistralmente elevada a la categoría de personaje literario por el Arcipreste de Hita<sup>45</sup> en 1389, y por Fernando de Rojas en 1499. Comparando aquéllas con Trotaconventos y Celestina, se pueden observar los siguientes rasgos comunes:

a) Son mujeres de edad, viejas, aunque de Kozbi no se nos dice que ella lo fuera sino Sequer, su marido<sup>46</sup>. *Me encontré con una vieja, se lee en El casamiento*<sup>47</sup>.

b) Buenas habladoras: *En su boca había una lengua tierna que acechaba para atraer a los corazones. El néctar se alberguaba en su lengua*<sup>48</sup>. *Se había apropiado de la astucia como heredad*<sup>49</sup>.

43 Vid. C. del Valle, *ibidem*, p. 89.

44 *El Corbacho* o *Reprobación del amor mundano*, ed. preparada por C. Pastor Sanz, Magisterio Español, Madrid 1971, pp. 136-37.

45 Vid. A.M. Rambaldo, «El Libro del Buen Amor y las maqamas árabes hispanohebraicas, *Seferad* 1980, pp. 1411-145.

46 Vid. *supra*, p. 5.

47 C. del Valle, *op. cit.*, p. 87. *Flyz'llamr Trotaconventos, la mi vieja sabida (Libro de Buen Amor*, ed. cit., p. 370). *Vieja barbuda que se dice Celestina (La Celestina*, ed. de A. Cardona de Gibert, Bruguera, Barcelona 1974, p. 84).

48 Vid. *supra*, p. 8.

49 Vid. *supra*, p. 5. *Yo l'dixe como en juego: Picaça parladera (Libro del Buen Amor*, ed. cit., p. 267).

c) Expertas en las artes del engaño y la maldad: *mujer sabia... y astuta*<sup>50</sup>. *Era una mujer perversa y contumaz...; y el veneno de la muerte se escondía en su garganta*<sup>51</sup>.

d) Hábiles en hechizos: *experta en brujerías... cuyas brasas ni los ríos podrían extinguir a causa de sus abundantes conjuros y amuletos... con mis poderes destruiré su inteligencia*<sup>52</sup>.

e) Utilizan el oro para tentar al hombre o para encubrir sus propósitos: *El oro lo seducirá y a la fosa profunda lo hará descender*<sup>53</sup>.

f) Ponen precio a sus servicios: *Hicieron planes acerca del dinero que habían fijado y se fueron a esconderlo*<sup>54</sup>. *Exígeme una fuerte dote y numerosas dádivas que te daré cuanto pidas*<sup>55</sup>.

g) Cómplice movilidad, sinónimo del apelativo que llevaría la protagonista del Arcipreste de Hita: *En su casa no paran sus pies*<sup>56</sup>.

h) Fingen llevar una vida santa: *Aparentaba comportarse con piedad*<sup>57</sup>.

Al lado de estas semejanzas hay también ciertos aspectos propios que conviene matizar. En los dos relatos hispanohebreos no hay tragedia, hay burla cruel como elemento esencial de su trama, y el hombre es el gran burlado, por lo que parafraseando a doña Endrina se podría exclamar: «¡ay viejas, tan perdidas, a los hombres trahedes engañados, vendidos!»<sup>58</sup>.

Las «celestinas» hispanohebreas más que la astucia utilizan el engaño, el cual es posible gracias al recurso del velo nupcial en el rostro de la falsa desposada. En ambos relatos el matrimonio se lleva a cabo, pero a la hora de

50 Vid. *supra*, p. 5.

51 Vid. *supra*, p. 8. *Sepa mentir feroso (Libro del Buen Amor, 154); ¡Ay! ¡quánto mal que saben estas vieja arlotas! (ibidem, 155). Sagaz en quantas maldades hay (La Celestina, ed. cit., p. 82).*

52 Vid. *supra*, p. 5. *Toma de unas viejas, que se fassen erveras... con polvos e afeytes é con alcoholeras/ Echan la moça en ojo é ciegan bien de veras (Libro del Buen Amor, p. 155). Hechicera... A otros pintaua en la palma letras con açafrán, a otros con bermellón; a otros daua unos coraçones de cera llenos de agujas quebradas, y otras cosas en barro y en plomo fechas, muy espantables al ver. Pintaua figuras, deziaa palabras en tierra (La Celestina, 82 y 88-89).*

53 Vid. *supra*, p. 5. *Era vieja buhona, de las que venden joyas (Libro del Buen Amor, 217).*

54 Se dice de Kozbi y su marido.

55 Vid. *supra*, p. 9. *¿Con que pagarás a la vieja, que oy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? (La Celestina, 149). «Madre señora», le dixé, «yo vos quiero byen pagar; El mi lago é mi casa sea en vuestro mandar (Libro de Buen Amor, 221).*

56 Vid. *supra*, p. 8. *Que andan las iglesias é saben las callejas...Andan por todo el mundo, por plaças é por cotas... Son mucho andariegas é meresçen las çapatas (Libro de Buen Amor, 154-55).*

57 Vid. *supra*, p. 8. *A Dios alçan las cuentas, querellando sus coytas (Libro de Buen Amor, 155). En esta ciudad nascida, en ella criada, manteniendo honrra como todo el mundo sabe (La Celestina, 113).*

58 Libro de Buen Amor, 258-59.

consumarse, la caída de aquella prenda deja al descubierto la antítesis de la belleza, la fealdad.

Las «Melibeas» que aquí aparecen o son descritas, son meros instrumentos de las viejas; su hermosura es el cebo que hará caer al hombre en la trampa de antemano tendida. Surgen en un punto del relato, llenándolo por un instante, provocan deseos y pasiones y sin llegar a ser personajes propiamente dichos, desaparecen al igual que aquellas que las utilizaron. Al final, la gran protagonista, la burla, y su eficaz colaborador, el engaño, consiguen separar dolorosamente al pícaro de la belleza femenina que se disponía a gozar. Se le pone delante un amor sin rostro, velado, donde su sentimiento real encontrará tan sólo una ficción simbólica urdida por oscuros mecanismos del ser femenino.

M<sup>a</sup> FUENCISLA GARCÍA CASAR